

Muerte y levitación de la ballena

de Rómulo Bustos Aguirre:

El llamado a la pregunta por el ser y el mundo



Bustos, R. (2010). *Muerte y levitación de la ballena*. Madrid: Universidad Complutense, 71 p.

Ayleen Julio Díaz

Universidad de Cartagena

*Misteriosa es la flora del espíritu
Extraños los tropismos de la imaginación.*

Rómulo Bustos Aguirre

Ganador del Premio Blas Otero de Poesía, Rómulo Bustos, una vez más nos sorprende con una poética capaz de desvestir al mundo y a la realidad de su obviedad y de su sentido común. Y lo hace magistralmente, por medio de un lenguaje aparentemente sencillo, pero al mismo tiempo revestido de una «extraña lógica», capaz de vincular el peso y la levedad, la afirmación y la negación, lo posible y lo imposible, en una completa armonía.

En *Muerte y levitación de la ballena*, nos encontramos ante un yo lírico que se encuentra mirando una realidad, que es cuestionada a partir de las percepciones de sí mismo. No es por ello ajeno, que al inicio del libro, la poesía empiece a plantearse como el camino que tiene el ser humano para llegar a sí mismo, por una parte; y por otro lado, que se utilice para dar cuenta de una existencia que va más allá de las limitaciones que le impone la sociedad. Por ello, no es arbitrario ni extraño, que el poemario inicie con el cuestionamiento del ser y su relación con la poesía:

Me pregunto: ¿Por qué escribo poesía?
Y desde algún lugar del misterioso bosque
(...) responde el lobo
Moviendo socrático la peluda cola:
—Para conocerte mejor

(“Cuento”)

Frente a este primer cuestionamiento, el sujeto lírico planteado por Bustos se revela como un ser incompleto, que busca hallarse a sí mismo, y al mismo tiempo mostrar lo limitado de la realidad en la que está inmerso.

Rara costumbre la del cangrejo ermitaño:

Se le va la vida buscando caparazones de otros
 Moluscos, latas, recipientes vacíos (...)
 Es posible que todo se deba
 A una compulsión turística por la novedad
 O a un síndrome de inestabilidad casi metafísica (...)

(«Del cangrejo ermitaño»)

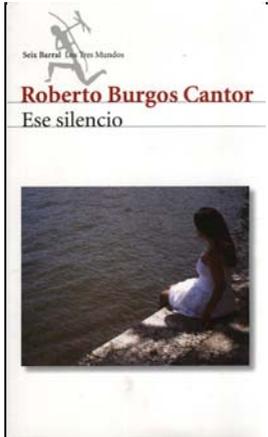
Víctima y consciente de la realidad que lo aprisiona, al sujeto lírico no le queda otra opción más que reinventarla, a través de la contemplación y la meditación. De este modo, vemos al poeta invirtiendo las cargas, multiplicando posibilidades, preguntándose eternamente sobre su condición humana, y de un momento a otro, sintiéndose libre de lo que pasa a su alrededor. Es por ello que en el poemario, es posible ver la humanización de la divinidad, siendo Dios “Un incorregible jugador de dados [que] (...)/ se apuesta a sí mismo contra sí mismo/ Y pierde” (“El jugador”).

La imaginación se establece como una entidad capaz de ir más allá de ver el mundo, hasta el punto en que éste deje de ser regido por cualquier ley física o geométrica, y sea como esa gran biblioteca borgiana en la que la infinitud, es la ley natural.

La palabra por su parte, adquiere un gran protagonismo en este poemario, pues ella cuestiona la necesidad de nombrarlo todo, de afirmarlo todo, de crearlo todo. En *Muerte y levitación de la ballena*, la palabra es la no-palabra, un eco del silencio que traspasa delicada pero contundentemente el alma del lector, conduciéndolo a un viaje espiritual, cuya meta es sí mismo; recordándole continuamente que la realidad no es eso que se ve o que se palpa, sino lo que se encuentra en los terrenos de la ensoñación.

Rómulo Bustos nos ha regalado esta vez un bello libro, que da cuenta de un trabajo magistralmente elaborado, en donde cada palabra cuestiona, sentencia y calma, todo al mismo tiempo; un lenguaje que hace una oda al espíritu y al alma, pero sobre todo a la imaginación. *Muerte y levitación de la ballena* es sin duda, un viaje al centro del ser, las puertas y el llamado del hombre de este tiempo a los terrenos de la imaginación.

Ese silencio



Burgos, R. (2010). *Ese silencio*. Bogotá: Seix Barral, 164 p.

Rómulo Bustos Aguirre
Universidad de Cartagena

En el principio era el silencio. Y el silencio era el hombre y reinaba (y reina) sobre la tierra. Esta arbitraria deformación de la conocida fórmula de Juan, pudiera sugerir algunos elementos de la elaboración de esta última novela de Roberto Burgos, lacónica, enigmáticamente titulada *Ese silencio*.

Hablar del silencio en el reino de la bulla. Eso recuerda la imagen del *Caribe profundo* del que habla Rojas Herazo, en que toda canción es tristeza hecha ritmo.

Los personajes parecen ser verbo, movimiento, pero en verdad son silencio puro, casi sólido, vueltos sobre si mismos en incesante pregunta que intuyen sin respuestas. La pregunta sobre el sentido o sinsentido posibles, habita estos habitantes del trópico. Esta vocación existencial, juntamente al interés por el *rebulicio* de la cotidianidad vivida o de los sueños rotos, por la cosa nimia, por el hálito de lo popular y el entorno o la historia, son reconocibles en Roberto Burgos, desde sus primeros textos de *Lo Amador*, que se convierten en signo distintivo de su obra. En el universo de Burgos, el Caribe bullanguero y bailador, también medita y calla.

La primera vez que hace su aparición la palabra *silencio*, se asocia a la casi niña María de los Ángeles: “Desde lo alto, se ven metidos en la niebla del horizonte los buques de altura. Al atardecer no han encendido las luces de navegación. Lo que más impresiona a María de los Ángeles es no saber a dónde va ese silencio en movimiento”. María de los Ángeles, sin sospecharlo, se tropieza, mirando el horizonte, con la esfinge, que ahora aparece trasfigurada en buques, “sombras que avanzan sobre el filo del mundo”,

para darnos la bella y terrible imagen de la vida como *ese silencio* en movimiento, y el no saber que lo acompaña, que arroja inexorablemente al ser humano a un vórtice de misterio. Pero aún no es la hora de que María de los Ángeles encare la esfinge, aún no sabe que la esfinge tiene rostro, aún no la habita la pregunta de la esfinge, solo una sosegada inquietud.

El fatalismo ronda por aquí. Los personajes se mueven buscando, buscándose. Algún enigmático y súbito resorte los activa. Así, María de los Ángeles, respondiendo con un sorpresivo y simple “bueno” a los requerimientos de El Médico, ejecuta su primer movimiento en el baile de la vida de Puerto escondido a San Luis; de esta misma manera decidirá su segundo movimiento de retorno, luego Cartagena, luego Venezuela, luego... Así, la inane aventura de los padres de Escolástica, que vienen del otro lado del mar a fundar una panadería en Puerto Escondido, como cumpliendo un designio secreto, y luego en la vejez retornan a morir a la tierra de sus orígenes, como esas especies animales que retornan al sitio del desove original. La trashumancia de El médico por pueblos y veredas, curando pústulas y diseminando hijos, y que duplica el trasiego sin tregua del otro médico, su padre. Las correrías de Escolástica tras el cintureo del bullerengue y otros golpes de música para fundar su escuela de cantos y cuentos, prodigiosa semilla destinada a la voracidad de los pájaros del tiempo.

Solo Ascanio ama la quietud y se desconcierta ante el movimiento, pero el furor ominoso, la violencia se encargará de arrancarlo, desplazándolo de su centro.

Este ir y venir de los personajes urde una extraña trama que se resiste a ser descifrada. Fluida y ardua es esa trama que se rompe en oleajes, algunas espejeantes aristas arrojan segmentos iluminadores sobre los seres, como cuando Escolástica Barrios recibe “la intuición de que ese hombre, el médico, era un buscador solitario del amor o de la comunicación o del afecto o de lo como quiera que se llame el deseo con persistencia de los seres humanos por tener una compañía, un oído, una voz...” O como cuando El médico reconoce al padre y se reconoce en él: “Hoy te veo padre como lo que eras: un encabronado silencioso. Y sé que algo tengo de tus tempestades de silencio”.

“No reniego. Apenas permito que la vida deje las marcas y allí quedan”. Estas palabras de Escolástica proferidas en los momentos finales de la novela, en que realidad, memoria y visiones, parecen confundirse en su ser,

pudieran resumir el carácter básico de estos personajes, que fluyen en una especie de deriva enigmática atravesada por un ademán voluntarioso que los salva, de algún modo, del despeñadero de la desesperanza.

Pero diversos son los modos del silencio, no solo su aliento voraginoso, su “sonido y su furia”. También está el silencio del Eros o más bien, el eros del silencio, el aspecto erótico del silencio y que es, paradójicamente, también una erótica del lenguaje, un deleite de orfebre del narrador y gozo del lector. María de los Ángeles lo experimenta en uno de los momentos más memorables e inquietantes del texto: su desfloración. Carnal torre de Babel y cúpula celeste, aleteo de ángel ciego. María de los Ángeles levita en los misterios gozosos de su cuerpo, mensajes de lo desconocido. Instantes de plenitud. Ínsula extraña en la novela, ínsula precaria que no impedirá su posterior peregrinaje.

Los catálogos o enumeraciones y el ritmo lento de la narración, juegan como contrapuntos al movimiento físico o interior de los personajes. Tensión fundante de este universo verbal. Pretenden, vanamente, suturar una rotura esencial. Pretenden fijar, detener, lo irremediamente fugitivo, lo que asoma para poder ocultarse mejor. No solo los insondables movimientos del alma o del cuerpo que son solo dos aspectos del misterio, sino de la historia, de nuestra pavorosa e inextricable historia nacional, donde “el avance para restaurar era (es) errático y, al progresar desde el vacío asustaba (asusta) por el infinito que se abría (que se abre) sin una señal precisa de culminación o logro”, y así la historia deviene en pantanoso círculo vicioso. La imagen de pesadilla de Escolástica viéndose excavar un agujero de hormigas, que se abre a otro agujero de hormigas rodeado del aterrador desierto, dibujan esa visión de la historia.

En este “evangelio secular” de Burgos, ciertamente en el principio era el silencio, y al final (¿?) también.